

CULTURA, HISTORIA E IDENTIDAD

Socorro Inés Restrepo Restrepo

Hablar de cultura, historia e identidad es echar una mirada a un pasado muy lejano, ahistórico, del cual surgieron las grandes culturas con sus registros de la visión que tenían de sí mismos y de su destino. Egipcios, sumerios, babilónicos, chinos, indostánicos, cuyas continuas migraciones, e invasiones, desplazan los centros de gravedad de las grandes culturas, implantando con la sedimentación del tiempo un nuevo estilo. Finalmente, en lo que a nosotros atañe, queda solamente la cultura de Occidente, conjunción de Grecia y Roma. Con aquel acontecer político, no guarda ninguna relación América, apenas existente para esta cultura, en 1492.

De acuerdo con Alfred Weber (cfr. Weber, Alfred. *Historia de la Cultura*. Fondo de cultura Económica. México. 1956), desde el siglo IX al siglo VI a.C. las tres grandes culturas, ya entonces consolidadas, China, India y Grecia, con total independencia, llegan a decidir sobre los grandes temas de índole religiosa y filosófica. Se empieza la interpretación del mundo. La cultura griega fue decisiva en su relación con Roma: aunque subyugada políticamente por ésta, dio a los romanos el aliento espiritual para que se transformaran en el gran imperio. Roma ofrece entonces una fuerza cultural de primera línea: el Imperio fue el mayor unificador de Occidente; dio forma y fundamentos esenciales a las instituciones jurídicas y políticas, y el cristianismo encontró en ella el gran medio para la expansión de sus doctrina.

La aparición de Jesús de Nazareth divide la historia universal en dos. Surgido de un desconocido poblado judío, su prédica transformó el mundo. El Sermón de la Montaña propone un nuevo sistema de vida. Al llegar el cristianismo a Roma, las primeras comunidades fueron consideradas por las autoridades como una secta judía; las reuniones de la gente más humilde con su doctrina de amor al prójimo, que sustituía la idea de todo privilegio, con desprecio de los bienes terrenales y una profunda fe en la eternidad, no representaba ninguna amenaza para el estado; La fraternidad, el amor al prójimo, y aun al propio enemigo rompe con todos los esquemas de la relaciones entre los hombres y los pueblos. La caridad y la entrega hasta el sacrificio y la firmeza de su fe, hasta negarse a rendir culto al emperador como a un dios, era el más poderosos de sus recursos. La primera persecución de Nerón (año 64) respondió a la necesidad de señalar culpables, y las posteriores (hasta el año 304) sólo sirvieron para demostrar la imposibilidad, incluso para la prepotencia del Imperio, de quebrantar el espíritu. El edicto de tolerancia de Constantino en el 313, y su posterior conversión significan la capitulación de Roma ante la moral de un pueblo esclavo.

Al caer el Imperio, se inicia un período de consolidación de pueblos, de definición de lenguas nacionales, la cristiandad romana mantuvo por lo menos una unidad espiritual, la cultura se refugia en los conventos y monasterios, que se convierten así en centros notables de cultura y economía. Aparecen figuras cimeras como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, quien logra la síntesis de la filosofía aristotélica con el cristianismo; logra el equilibrio entre razón y fe y devuelve su importancia al conocimiento sensible, frente al idealismo platónico-agustiniano; San Buenaventura que conjuga al filósofo, al teólogo y al místico. Para algunos es el máximo exponente del pensamiento del siglo XIII.

Se construyeron las grandes catedrales, y castillos; es la época del fortalecimiento del Papado, las Cruzadas y su lucha con el Islam por los lugares santos, las Ciudades Estados, las Ordenes de caballería, la burguesía, la épica, lo gótico y lo románico , las primeras universidades. Un estilo heroico y ordenador.

La cultura árabe llegó a Europa a través de España a principios del siglo VIII. Cruzaron el estrecho de Gibraltar, invadieron la península y de

ahí siguieron a La Galia. No trataron de hacer proselitismo religioso, ambas religiones, islamismo y cristianismo se complementaron como también hubo fusión de razas y a pesar de la guerra las relaciones llegaron a ser tan estrechas que abundaban las mezclas, los mozárabes cristianos residentes en la Morería, y los mudéjares, árabes residentes entre cristianos. Siete siglos de permanencia de los árabes en la península ibérica dejaron profunda huella en el idioma y en la cultura. Los sabios españoles se empararon de todo el saber árabe y a través de éste se familiarizaron con Aristóteles. Influyeron notablemente en la Escolástica.

El filósofo árabe más conocido en Europa fue Averroes, comentarista de Aristóteles al que introduce algunas modificaciones como la del entendimiento adquirido teoría compartida por Santo Tomás.

De gran importancia fue la Escuela de Traductores de Toledo que reunía sabios judíos, cristianos y árabes. Casi de manera simultánea con el descubrimiento de América, los árabes y judíos fueron expulsados de España.

La Edad Media fue un período de extraordinaria vitalidad en el nacimiento del hombre occidental. En sus postrimerías, Dante, en la Divina comedia, es quien mejor la interpreta en el sentido religioso y ético.

Se inicia el Renacimiento con todo su esplendor, su cultura antropocéntrica, los grandes descubrimientos de tierras desconocidas; en sus albores aparece América, (1492); se amplía la visión del mundo, florecen las artes y las letras, hay nostalgias del pasado griego y se abre camino la modernidad.

En esta cultura afincamos nuestras raíces, a través de España descubridora y colonizadora nos insertamos en el mundo cultural occidental judeo cristiano; participamos de su historia.

Pero si nuestra historia entronca con la cultura de Occidente, tenemos también un pasado indígena, en la magnificencia y organización política de los aztecas y de los mayas, en las virtudes de los chibchas y las leyes morales dictadas por Nemquetaba; en la belicosidad de los caribes. En el retumbar de los tambores de un Africa misteriosa y lejana, traída a América a arrancarle a las entrañas de la tierra el oro que habría de sacar al

Imperio donde nunca se ponía el sol, de la pobreza dejada por ocho siglos de guerra. Ahí tenemos que buscar nuestra identidad cultural.

La historia cumple un papel de primer orden en la conservación de la cultura, en su transformación de acuerdo con la idiosincrasia de cada sociedad. Permite reconocer en el presente, las formas del pasado, indica caminos hacia el futuro, y recuerda a los pueblos y a los gobernantes, los errores ya cometidos para que no se vuelva a incurrir en ellos.

La historia es la vida de la Patria. Es lo más propio e intrasferible que posee el ser humano. Conocerla es amar la Patria: con los aciertos y errores de los hombres que a través de los años la han construido. Estudiar sus vidas y proponerlas como paradigmas para las nuevas generaciones; desenmascarar los hombres de paja que hoy ocupan en el corazón de los jóvenes, el lugar de los héroes, de los tejedores de cultura, de los santos.

La historia es el hilo conductor de la identidad cultural, de nuestra identidad cultural enmarcada en un humanismo heredado de esa misma España, polifacética, capaz de dar al mundo un San Pedro Claver y un Torquemada; un don Juan de Austria y un sanguinario Boves. (José Tomás).

Humanismo e Identidad son palabras venidas de la filosofía al lenguaje común.

Cuando hablamos de humanismo tenemos que remontarnos al Renacimiento con su deseo de volver al ideal griego del hombre como medida de las cosas. Como la manifestación de un nuevo ideal humano, siempre permanente en la cultura. Como imperativo al respeto a la persona sobre las cosas; al rescate del hombre frente a los avances de la tecnología. Al reconocimiento de que el hombre es portador de un espíritu que trasciende a la propia humanidad. Tiene muchísimos adjetivos, humanismo cristiano, el humanismo integral (el humanismo de la Encarnación de Maritain), el humanismo socialista, el humanismo existencialista, el neohumanismo liberal: conceptos filosóficos que señalan direcciones para mirar al hombre.

El humanismo es también una tendencia del espíritu, que conduce al estudio del hombre y de las disciplinas intelectuales que lo tienen por objeto: la filosofía, la psicología, hija tardía de aquella; la historia, que estu-

dia el devenir del ser humano como individuo, o como grupo; la literatura y las artes, proyecciones y creaciones de su pensamiento y todas la ciencias que lo preservan de la cosificación, o de la despersonalización.

Identidad: la expresión de la completa igualdad de dos entes. Se dice que dos entes son idénticos cuando no hay entre ellos ninguna diferencia. Para Aristóteles lo idéntico es lo mismo, la identidad es definida como unidad de ser.

La primera y fundamental identidad es la psicológica, la identidad del Yo consigo mismo. La conciencia de quién somos, siempre: esa continuidad que nos permite reconocernos y ser la misma persona a través de la vida. Cuando esa identidad se pierde, hablamos de neurosis, esquizofrenias, fugas de la realidad, alienaciones.

La identidad social, el sentido de pertenencia a una familia, a un grupo social, a una Patria. La identidad social nos protege del desarraigo: no es necesario estar en tierra extraña para sentirse desarraigado, para sentir que no se está donde se debe estar.

La identidad cultural, una misma lengua, una misma raza, unas mismas creencias, una misma historia. La identidad cultural presenta instancias: en primer término, la subcultura de la familia; la subcultura del grupo social y la cultura de la nación, que no es otra que la conciencia de un destino común.

El humanismo es una filosofía de la vida. La forma de pensar el propio desarrollo, el desarrollo del grupo social y de la cultura. La ciencia y la técnica tal como se están dando hoy, parecen oponerse a una visión humanista de la vida. La moderna tecnología, la ciencia misma tienen que ser encaradas con una visión humanista, para no perder nuestra identidad cultural: el ser humano tiene que permanecer en el centro: de una cultura teocéntrica en la Edad Media, se pasó a una cultura antropocéntrica en el Renacimiento y hoy tendemos a una cultura cuyo eje es la máquina: cada vez dependemos más de los artificios, con prescindencia del ser humano. La esperanza de que la técnica mejoraría al hombre, ha resultado ser una esperanza falaz, pues el hombre se ha convertido en siervo de las cosas, de las máquinas; éstas ya no están a su servicio, sino el hombre al servicio de ellas; la gente se identifica con sus bienes materiales.

Sin embargo, nunca en ninguna otra época de la humanidad, se ha sentido tan acuciante la necesidad de que todos los hombres se realicen plenamente en su calidad humana: esto implica el reconocimiento de la igualdad de todos los hombres (cuando digo hombres, lo hago en el sentido filosófico y antropológico que comprende al ser humano, varón y mujer); el fortalecimiento de los regímenes políticos que dan amplia participación en la marcha del Estado, a todos los ciudadanos; en el respeto a las libertades individuales, a los derechos humanos, a la prevalencia del bien común sobre el bien particular. Mientras esto no se logre, el hombre seguirá siendo un *hombre desgarrado*; un ser escindido, un ser sin identidad.

Y es ahí donde se tocan humanismo e identidad: La identidad es la unidad con uno mismo, con la propia cultura, con las propias creencias religiosas y políticas. Con la afirmación de ser persona sobre los animales y las cosas.

Cosa es la ciencia: La idolatría de las ciencias conduce al imperio de la técnica. No se puede prescindir de ellas, *pero su contribución a la realización del ser humano, se da cuando mientras no se consideren como lo único. La ciencia no admite sino lo demostrable, lo sensible, lo experimental. Pero se dan otras realidades: la intuición, la experiencia histórica o captación de la temporalidad, la experiencia estética; la experiencia metafísica o experiencia del ser; la experiencia de Dios: la experiencia mística.* (René Uribe Ferrer. Bazar. Escritos filosóficos. Ed. U.P.B. Medellín. 1990).

Pero la ciencia puesta al servicio del hombre, igual que la filosofía, las artes y la religión permiten al hombre de hoy, el reencuentro con su identidad perdida. Sin embargo, en la búsqueda de esa identidad también acechan peligros: las identificaciones a la que asistimos hoy: la pérdida de las fronteras ideológicas, especialmente en los Partidos políticos, lo que no es sino la pérdida de principios; el sincretismo religioso, *el bazar de religiones*, por el cual, se toma de cada religión lo que conviene, o satisface o se cree mejor: igual: pérdida de principios religiosos. Pérdida de las fronteras nacionales, con desmedro especialmente en los países del Tercer Mundo, y de principios nacionales; ejemplo, las leyes de laicización del Estado de la Comunidad Europea que obliga a los países católicos de Europa a acogerse a ellas. Pérdida de la identidad sexual: el goce pagano del cuer-

po, en busca siempre de sensaciones placenteras, sin afecto, sin compromiso y sin entrega moral.

No podemos desconocer ni escapar de la realidad de la Aldea global de Mc. Lujan, ¿Cómo enfrentarla sin perder la identidad cultural de la Aldea local? ¿Sin que como personas, como grupo social, o como país nos quedemos a la orilla del camino, mientras el progreso pasa veloz ante nosotros? ¿Sin que nos perdamos en un mar de tecnologías foráneas? Es el gran reto para la educación desde la primaria, pasando por secundaria, el ciclo vocacional y la universidad.

Formar en la ciencias humanas: la filosofía como eje del humanismo, como rectora de principios; la historia, la gran maestra de la vida, para no olvidar el pasado y los hombres que hicieron posible nuestra nacionalidad, y como punto de partida para señalar caminos hacia el futuro; la lengua y la literatura materna, y sus grandes producciones del pensamiento; el arte como actividad liberadora sobre la nivelación propia de las masas. La religión, *porque el hombre para ser plenamente hombre, necesita ir más allá de lo humano.* (Uribe Ferrer René. Op. cit.)

Tener sentido de la trascendencia. Crear conciencia de ser persona única, indivisible, capaz de levantarse sobre la masa, de oponerse a ella, porque la masa también esclaviza, también conlleva la pérdida de la identidad, porque la masa no piensa, porque el individuo perdido en la masa hipoteca su conciencia a las decisiones de otro

Ante los avances de la ciencia, y del necesario manejo de tecnología foránea, es un imperativo para la conservación de la propia identidad, afianzarse en los valores y principios, en primer lugar, de la familia, sin perder de vista los de la región y la Patria. Los valores universales. El respeto a la vida humana, desde el vientre materno; el respeto al otro, cualquiera sea su condición, raza, creencia religiosa o política.

Humanismo e identidad no son términos dependientes entre sí, ni excluyentes. No necesariamente el humanismo como postura filosófica es el único que preserva la identidad; desde otras posturas filosóficas los individuos y las naciones pueden lograrlo igualmente con la que les es propia; pero sin duda dentro de nuestra herencia cultural, es el humanis-

mo, y el humanismo judeo cristiano de occidente, el único capaz de facilitarnos la conservación de nuestra identidad.

Bibliografía

MALET, A. y J. Isaac. La edad media. Librería Hachettes, Buenos Aires, 1947.

MARCUSE, El hombre unidimensional.

ORTEGA Y GASSET, José. La Rebelión de las masas.

URIBE FERRER, René. Bazar. Escritos filosóficos. U.P.Bolivariana. Medellín. 1990

VALENTIN, Veit. Historia Universal. Ed.Suramericana. 6ª. ed. Buenos Aires. 1958.

WEBER, Alfred. Historia de la cultura. Fondo de Cultura Económica. México. 1956.